

Arturo Capdevila, precursor del GPS

El argentino Arturo Capdevila (1889-1967) fue poeta, dramaturgo, narrador, ensayista, juez, abogado, filósofo, sociólogo, columnista, historiador y académico de la Lengua, pero es mejor conocido por los ninguneos que le infligió Borges. Después de leer sus apuntes sobre Sevilla, quizá se los merecía

POR FERNANDO IWASAKI

Hace años, cuando comencé a publicar mis primeros libros, creía ingenuamente que lo mejor que les podía ocurrir era que fueran reseñados por un escritor de campanillas. Sin embargo, después de leer algunas de las reseñas que Borges le dedicó a sus contemporáneos, pienso que no hay que ser masoquista. En Sevilla siempre se ha dicho que siempre será bueno que se hable de uno «aunque sea mal», pero después de leer las reseñas que Borges martilló sobre los libros de Capdevila, pienso que el silencio es mucho más condescendiente.

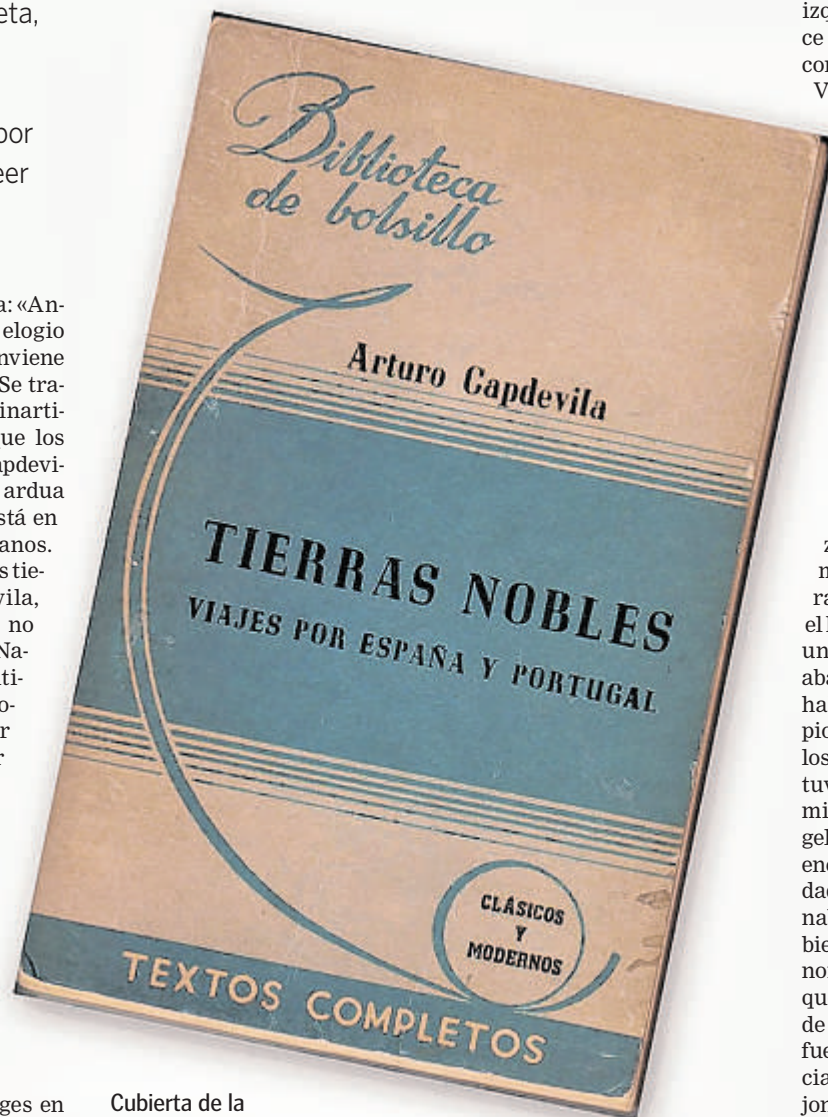
En 1933 Capdevila publicó en Madrid *La santa furia del padre Castañeda* y Borges lo reseñó así: «La biografía novelada es un género incómodo, menos quizá para el lector que para el escritor: Su problema es éste: si faltan pormenores circunstanciales, todo parece irreal; si abundan, nadie les presta crédito. La vaguedad es cosa desabrida, pero la mucha invención huele a apócrifa. La solución es esta: Inventar pormenores tan verosímiles que parezcan inevitables, o tan dramáticos que el lector los prefiera a la discusión. Capdevila, en este meritísimo libro, ejerce ambos métodos» (*Textos recuperados 1931-1955*, p. 40). ¿Le haría gracia a Capdevila esta reseñación? Nada sabemos al respecto.

En 1934 Capdevila volvió a publicar un libro en Madrid y la nueva reseña de Borges comenzó así: «Antes de acometer el elogio de este excelente libro, conviene dirimir una confusión. Se trata de un reproche turbio, inarticulado, fundamental, que los más jóvenes le hacen a Capdevila. Un reproche de muy ardua refutación, porque no está en palabras sino en desganos. Más de treinta volúmenes tiene publicados ya Capdevila, y no hay semestre que no aporte sus novedades. Nadie coteja las páginas antiguas con las modernas: todos prefieren resolver que las de ahora (por ser muchas) son malas, y que D. Arturo es un escritor que se ha standardizado» (*Textos recuperados 1931-1955*, p. 102). Sin embargo, en 1935 Arturo Capdevila arremetió de nuevo en Barcelona (y en catalán) con *Joan Garin e Satanas* y Bor-

ges arrancó así su reseña: «Antes de formular el justo elogio de este libro preclaro, conviene dirimir una confusión. Se trata de un reproche turbio, inarticulado, fundamental, que los más jóvenes le hacen a Capdevila. Un reproche de muy ardua refutación, porque no está en palabras sino en desganos. Más de treinta volúmenes tiene publicados ya Capdevila, y no hay semestre que no aporte sus novedades. Nadie coteja las páginas antiguas con las modernas: todos prefieren resolver que las de ahora (por ser muchas) son malas, y que D. Arturo es un escritor que se ha standardizado» (*Textos recuperados 1931-1955*, p. 136). ¿Cotejaría Capdevila las reseñas antiguas con las modernas? Nada sabemos al respecto.

Para cualquier lector familiarizado con los consejos de Borges en «Arte de injuriar», fórmulas como «acometer el elogio» o «libro preclaro» jamás pasarían desapercibidas. No obstante, la guasa más fina la espurriaba Borges a través de alabanzas como la siguiente: «El arte primitivo tiene (para nosotros) los peculiares méritos del candor y de la torpeza. Nadie le discute esos méritos, pero esa torpeza y ese candor suelen, a fuer de involuntarios, no ser siempre graciosos. De ahí una paradójica conclusión: la conveniencia de buscar el sabor arcaico en aquellos escritores contemporáneos que saben prepararlo y guardarlo. Nadie ejecuta esa delicada labor mejor que Arturo Capdevila». ¿Se trata de un pipopo o de una guantada? Para responder con más propiedad, sugiero revisar las páginas que Capdevila dedicó a Sevilla en su libro *Tierras nobles. Viajes por España y Portugal* (Buenos Aires, 1925).

Tierras nobles reúne las crónicas que Arturo Capdevila publicó en el semanario bonaerense *Caras y Caretas*. En realidad, las páginas dedicadas a Sevilla no son ni las más numerosas ni las más conmovedoras, pues a Capdevila se le veía el plumero cuando escribía sobre el País Vasco, Castilla y Cataluña. No obstante, a Sevilla le reservó



Cubierta de la edición de 1946 de «Tierras Nobles» (Buenos Aires)

unas notas que más que nocturnas se me antojan de nocturnidad. Por ejemplo: «Creo en el sol de Sevilla; creo en la luz de Sevilla; creo en la armoniosa claridad de Sevilla. Sin embargo, Sevilla, para la noche. Creo en el mantón de la sevillana; creo en el clavel de la sevillana; creo en los labios rojos de la sevillana. Sin embargo, para la sevillana, velo negro en la cabeza. En sus ojos, la noche. Como un canto árabe, la canción de Sevilla, ante la vida toda, comienza con un suspiro a la sombra: ¡Oh, noche! ¡Oh, noche! Así comienza, y eso es: noche. Así comienza y eso es». Como se puede apreciar, don Arturo padecía de insomnias.

Una de aquellas noches develadas (¿sería agosto?), Capdevila salió a caminar y perpetró un relato más digno de un GPS: «Por presentirlo, no por saberlo, dejé llegar la noche. Cuando llegó, recogida, silenciosa, íntima, me eché a la calle. Se adornaba la ciudad bajo el velo nocturno. La luna, por peinetón de marfil, la coronaba. Noté que Sevilla se acababa de dormir. Eché por la calle de Méndez Núñez; di con la plaza grande de

izquierda, como en un romance de Zorrilla, en hornacina con vidriera, una imagen de la Virgen, al resplandor de un farol. Zaguán adelante, una ventana sevillanísima, con las rejas cuajadas de enredaderas y cuajadas de flores, pedía una copla. Pasaba fragante al viento. En Sevilla hay siempre una fragancia que pasa. Estaba, por otra parte, en el barrio de Santa Cruz, perfumado de leyendas. Doblé por otro zaguán, y seguí adelante por nuevo pasadizo o corredor. Abriendo los brazos, hubiera alcanzado las dos paredes con las manos. Colgaban enredaderas de las tapias. Me rozaban el hombro al pasar. Di al fin con una plazuela. Por la plazuela abajo, descendiendo escalones, hallé, bañados de luna y al propio tiempo tupidos de sombra, los jardines de Murillo. Me detuve. Había descubierto por mí mismo y a la hora justa, el vergel de la delicia, la glorieta del encanto, el escondite de la felicidad. ¿Sonaba alguna fuente? Sonaba. ¿Qué fuente sería, no habiendo ninguna? Hace falta un nombre abstracto. Digamos que sería la fuente del Rumor de la Noche. Pero sonaba la fuente...» Como se puede apreciar, don Arturo era malo de cojones.

En *Borges* (2006), Bioy Casares reprodujo un maligno comentario del maestro: «Lo peor de Capdevila es peor que lo peor de Mastronardi, pero lo mejor es mejor y esto es lo que importa» (¿Cómo sería Mastronardi, Dios mío?). Sin embargo, Dios en su infinita sabiduría desagrávi a don Arturo, pues Borges siempre contaba la siguiente anécdota: «Durante el rodaje, Borges contó que cuando era director de la Biblioteca Nacional, un empleado lo saludaba con un «buen día, señor poeta», hasta que el día de su jubilación se le acercó para darle un abrazo y le dijo «gracias, don Arturo Capdevila». Lo había confundido y Borges no quiso corregir el error». Miren por dónde venimos a descubrir el origen del final de «Los teólogos»: «Más correcto es decir que en el paraíso, Aureliano supo que para la insondable divinidad, él y Juan de Panonia (el ortodoxo y el hereje, el aborrecedor y el aborrecido, el acusador y la víctima) formaban una sola persona». Es decir, Jorge Luis Borges y Arturo Capdevila.